

volvemos á repetirlo, contenia en sustancia la cláusula que se debía añadir al concordato, cláusula que el emperador exigia como condicion indispensable de un nuevo tratado, y que el mismo Pio VII habia rechazado constantemente el año antes en Savona durante muchos dias. En este mismo breve se dan á los obispos de la asamblea acaso mas elogios que los que Pio VI dió á los obispos antecesores suyos que con tanto denuedo supieron hacer frente á las asambleas revolucionarias y que por lo tanto debian ser considerados como verdaderos confesores de la fé. ¿Cómo persuadirse que el cardenal Roverella, autor del breve, haya podido imaginarse que el Papa se declarase el primer consejero de un decreto tan atentatorio á un derecho sagrado y precioso de la Sede Apostólica, ni que le aprobase con expresiones de gozo y alegría, dando gracias á los obispos de la asamblea, y reconociendo en este acto un nuevo testimonio del afecto filial y de la inalterable adhesion de la Iglesia de Francia á la Cátedra de San Pedro y á la Sede Apostólica? ¿Cómo persuadirse que no conoció lo absurdo de aquella disposicion segun la cual, si el Papa, á los seis meses de presentado un obispo, no le concedia la institucion canónica, podria y deberia serle dada por el metropolitano ó por el mas antiguo obispo de la provincia en nombre del mismo Papa? En efecto, ó la persona presentada por el emperador era digna y capaz de recibir la institucion canónica y la confirmacion, y entonces no puede suponerse que en tiempos normales un Pontífice quisiera rehusarla sin razon y por puro capricho; ó la persona presentada era indigna de la institucion canónica y de la confirmacion, y en este caso ¿cómo podria un Papa contra su propia conciencia permitir y autorizar al metropolitano ó al obispo mas antiguo de la provincia para dárselas en nombre del Soberano Pontífice? ¿Qué diferencia entre este breve sugerido al Papa por los cardenales y diputados en Savona y la

bella y enérgica carta escrita al cardenal Caprara por el Santo Padre, cuando en la misma ciudad no tenia á su alrededor mas personas que algunos de sus servidores!

Los obispos franceses de la diputacion comunicaron al momento por el telégrafo á Paris la noticia de esta verdadera victoria alcanzada sobre la Iglesia romana; y mientras que se imaginaban que iban á volver muy pronto á Francia cubiertos de gloria á recibir los elogios y recompensas del emperador, este, contra lo que ellos esperaban, no quiso recibir el breve del Papa y algun tiempo despues toda la diputacion tuvo que regresar á Paris. Antes de su regreso sucedió que cuatro obispos, individuos de la diputacion, que habian participado de Savona poco antes de firmarse el breve, recibieron en Turin orden de volver cerca del Papa, para bacerle en nombre del emperador nuevas peticiones, á que Pio VII no quiso acceder. Hizose entonces correr el rumor de que Bonaparte no habia querido aceptar el breve del Papa, porque en él se declaraba á la Iglesia romana madre y maestra de todas las demas iglesias, y porque se imponia á los prelados autorizados para dar la institucion canónica la condicion de declarar terminantemente que la daban en nombre del Papa. Mas no fueron estas las verdaderas razones que impulsaron á Napoleon. Mucho habia conseguido este con el breve; pero aun le faltaba mucho para llegar al término de sus deseos (1). Entre las dificultades que tenia que vencer, se hallaba la de persuadir al Papa y al Sacro Colegio que abandonasen toda esperanza de recobrar el dominio temporal; que consintiesen en el nuevo orden de cosas establecido por Napoleon, y que volviesen á encargarse del gobierno de la Iglesia, pero en calidad de súbditos del imperio. Ahora bien, aceptando el

(1) *Memor. del cardenal Pacca*, t. 2, p. 76-77.

breve, era preciso, en virtud de las promesas hechas por los arzobispos y obispos diputados, devolver la libertad al Papa, ó por lo menos dulcificar mucho los rigores de su cautividad, permitirle comunicar con los fieles, y volver á su lado los cardenales desterrados y los demas ministros necesarios para el cumplimiento de sus deberes y para el ejercicio de su jurisdiccion universal. Pero por otra parte el emperador veia que haciendo semejantes concesiones, aumentaba dificultades para las negociaciones venideras y encontraria al Papa menos sumiso á su voluntad. Por el contrario, continuando el sistema de opresion seguido hasta entonces, se prometia volver de allí á poco al asalto por la intervencion de los obispos cortesanos y de los cardenales partidarios suyos vencer al fin toda la resistencia del Papa y lograr cuanto deseaba. Este fué el verdadero motivo que le determinó á no aceptar el breve.

Los obispos, que habian tenido que permanecer en Paris esperando el resultado de las negociaciones sin tener permiso de reunirse, fueron llamados á casa del ministro de cultos el 2 de octubre (1). Allí se les dijo que las negociaciones estaban á punto de terminarse felizmente, y que como la estacion estaba ya avanzada, creia el emperador que debian volverse á sus diócesis. Algunos se creyeron con derecho á hacer alguna pregunta, y quisieron que se les informase de lo que habian hecho sus diputados. Otros hablaban de ir al templo de Nuestra Señora á cerrar el concilio con las ceremonias de costumbre. Mas no pudieron conseguir lo uno ni lo otro; pues no convenia que hubiese nada de regular en aquel simulacro de concilio. Fué pues disuelto por segunda vez, si es

que puede decirse que existia desde el decreto de 10 de julio, de la prision de los tres obispos y de la retirada de algunos otros. Asi se terminó definitivamente esta asamblea de obispos convocada con tanto aparato, y cuya historia recuerda la de aquellos concilios celebrados en tiempo del Bajo-Imperio bajo los emperadores arrianos. Bona parte no permitió que se publicaran sus actas, antes bien se apoderó de todos los documentos que tenian relacion con este pretendido concilio.

Durante todo el invierno siguiente y la primavera de 1812 se dejó al Papa permanecer tranquilo en su prision de Savona.

A principios de este año de 1812 la gloria y el poder de Napoleon habian llegado á su apogeo, y sin exageracion puede decirse que el continente europeo enmudecia en su presencia (1). Emperador de los franceses, lo cual entonces significaba un vastísimo imperio que habia añadido á las antiguas fronteras del reino de Francia todas las provincias belgas, tanto las que pertenecian al Austria, como las que componian la república de Holanda, muchos principados de Alemania, la Dalmacia, todos los Estados del rey de Cerdeña, los Ducados de Parma y de Plasencia, la Toscana y Roma; era igualmente rey de Italia, y si no de nombre, por lo menos de hecho, rey de la parte de España, que ocupaban sus tropas, asi como del reino de Westfalia y del de Nápoles. Bajo el título de protector dominaba aquella parte de la Alemania que formaba la confederacion del Rin, y cuyos principes elevados por él á la dignidad de reyes ó grandes duques, dependian enteramente de su voluntad, como en otro tiempo los emperadores y reyes del Asia dependian del senado romano. Habíase además unido por los vínculos de la sangre á la casa

(1) *Mem. para la Hist. Ecles. del siglo XVIII*, t. 3, p. 582.

(1) *Mem. del cardenal Pacca*, t. 1, p. 280-281.

de Austria, y habia asegurado la herencia del trono por el nacimiento de un hijo, habido un año despues de su matrimonio. Sin embargo, en el colmo de tanta gloria y poder se iba preparando en los altos juicios de Dios un acontecimiento que habia de marchitar su gloria, y presagiaba la ruina de su poder colosal (a).

(a) En efecto, la traslacion del Santo Padre á Fontainebleau coincide con la época del mayor poder de Napoleon, pero tambien con el principio de su decadencia y de los extraordinarios acontecimientos que produjeron la total caída del imperio francés y la restauracion europea. La campaña de 1811 en nuestra peninsula, prolongada hasta enero de 1812, aunque desastrosa para los españoles, especialmente por la rendicion de Valencia y sus funestos resultados, presagiaba sin embargo la ruina de los franceses y la gloria de nuestra patria y de sus aliados que comenzó á verificarse al principio de la campaña siguiente, ó sea en enero de 1812. Por otra parte, Napoleon que aspiraba á subyugar el norte de Europa destruyendo á la Rusia, que quizá le parecia la única potencia capaz de resistirle y de escitar sus celos, necesitaba reunir casi todas sus fuerzas para llevar la guerra á seiscientos leguas de la frontera de Francia. Para asegurar la ruina de la Rusia, ó al menos su desmembracion, firmó Bonaparte en Paris, el dia 24 de febrero, un tratado de alianza con Federico Guillermo III, rey de Prusia, cuyos Estados separaban el imperio francés del ruso. En 14 de marzo siguiente hizo otro tratado con el Austria, en que se estipuló un socorro reciproco y garantizó Napoleon á Francisco I la posesion de las provincias polacas aun en el caso de que á consecuencia de la guerra de Rusia se restableciese el antiguo reino de Polonia. Tambien queria obligar al entonces principe Real de Suecia, su antiguo mariscal, á que hiciese causa comun con él; pero los excesos cometidos por Napoleon contra la independencia de aquel reino, cuando en enero de este mismo año hizo invadir en plena paz la Pomerania sueca, de que tomó posesion el general Friand á nombre de la Francia, obligaron á Bernadotte á que, correspondiendo á los intereses de la nueva patria que le habia adoptado y que le reservaba un trono, se decidiese á rehusar la alianza de los franceses y á firmar un tratado con la Rusia, á que se unió despues la Inglaterra y últimamente nuestra España por un tratado particular firmado el 20 de julio por nuestro plenipotenciario y el de Rusia. De esta suerte puede decirse que iba á luchar media Europa con la otra media y parecia iba á decidirse de una vez para siempre la suerte de todas las naciones.

Al fin Napoleon con su ejército, llamado el grande por su considerable fuerza, pasó el Niemen en los dias 24 y 25 de junio; el 28 ocupó á Vilna, antigua capital de la Lituania; y despues de una multitud de combates encarnizados y de la batalla de Mosaisk, la mas sangrienta quizás de cuantas ha presenciado el siglo XIX, penetró, á mediados de setiembre, hasta Moscow, lisonjeándose de dictar la paz desde el pa-

En la tarde del 9 de junio de 1812, fatal aniversario del dia en que hacia tres años se habia prevenido al Papa que iba á ser despojado de sus Estados, se intimó al Papa la

lacio de los Czares. A su vista huyen los habitantes de Moscow; los generales rusos entregan á las llamas la antigua capital de su imperio y Napoleon se detiene horrorizado entre las cenizas y se encuentra en un desierto. Imposibilitado de continuar la guerra, mas no queriendo confesar su critica posicion y creyendo consternado á Alejandro y á sus súbditos, intenta dictar las condiciones de paz; pero el autócrata le contesta que no aceptará condicion alguna mientras que los franceses ocupen un solo palmo del territorio ruso. Vacila entonces Napoleon, difiere su partida, permanece largo tiempo en un estado de inaccion, y despues se aleja dejando en Moscow horribles recuerdos, haciendo volar el Kremlin, palacio de los antiguos Czares, y la iglesia depositaria de sus cenizas. Sorpréndele en su retirada el invierno, y un frio extraordinario por su intensidad y duracion hace perecer las dos terceras partes de su mas poderoso ejército, que se ve luego abandonado de su propio jefe; quien escapándose misteriosamente del cuartel general el 5 de diciembre, recorre fugitivo, disfrazado y acompañado de un solo hombre, la Polonia y la Alemania y llega el 18 á Paris. Tan grande é irreparable pérdida fijó seriamente la atencion de los mismos aliados de Bonaparte, y en la alternativa de sacrificarse por su causa ó de abandonarle, se decidieron por este último extremo, comenzando desde entonces á formarse la grande coalicion ó alianza europea que vino por último á derrocar de su trono á Napoleon y á restablecer la paz y la libertad de toda Europa.

En tanto que Napoleon veia destruidas sus principales fuerzas en el Norte, tenia tambien que lamentar las pérdidas que su hermano José experimentaba en España desde principios de este año. Las repetidas victorias de los españoles y de sus aliados los ingleses, habian obligado al intruso á abandonar la capital del reino y á huir vergonzosamente delante de sus vencedores. Fué efectivamente esta campaña muy gloriosa y la primera feliz para la Peninsula; todas las tropas que defendian los derechos de la justicia rivalizaron en valor y entusiasmo, y dieron á conocer prácticamente que no en vano esta nacion magnánima habia sostenido por espacio de cuatro años todas las calamidades consiguientes á la mas péfida traicion. La epidemia que habia invadido las provincias del Mediodia, la horrorosa miseria y el hambre atroz que se experimentaban en todo el reino, la ruina y dilapidacion general que en él habian causado sus opresores, nada bastó á entubiar el ardiente celo español; antes por el contrario, inflamáronle mas y mas todos aquellos desastres y le impulsaron á no desistir de la lucha hasta haber espulsado totalmente del pais á sus enemigos y reconquistado el honor é independencia nacional. El gobierno, compuesto de las Cortes generales de la nacion y de un Consejo de regencia que administraba el poder ejecutivo á nombre de Fernando VII, trabajaba con esfuerzo por llevar á feliz término la guerra; y jójalá se hubiera limitado á es-

orden de prepararse á hacer un viaje para entrar en Francia, previniéndole al mismo tiempo que cambiara de trage para que no se le conociera por el camino. Parece que se habia perfeccionado el modo de atormentar al Pontífice sin esponerse á los peligros que podia atraer su popularidad. Se le hizo ponerse en camino en la mañana del dia 10 (1), y despues de un penoso viaje, sin ningun descanso, llegó al hospicio del Mont-Cenis á media noche. En Stupinigi, cerca de Turin, se le reunió Bertazzoli, enviado anticipadamente por el gobierno; entró en el mismo carruaje del Pontífice, y no volvió á separarse de él. En el hospicio cayó tan gravemente enfermo el Papa, que los oficiales que lo escoltaban creyeron conveniente avisarlo al gobierno de Turin, y preguntar si se detenian ó continua-

to! Pero por desgracia habianse inoculado en algunos las perniciosas ideas del falso filosofismo, y á pretexto de reformar abusos pretendian introducir unas doctrinas y prácticas muy diferentes de nuestras venerandas costumbres; unas doctrinas y prácticas cuyas consecuencias se habian visto en el pais vecino producir una revolucion espantosa. Establecióse en efecto y se publicó como ley fundamental una Constitucion bastante democrática bien conocida por Constitucion del año 12; aboliéronse antiquísimas costumbres que tanto apreciaron nuestros mayores; estinguíose el tribunal de la Inquisicion que tanta sangre y tantos errores habia aborrido á nuestra patria; alteróse la condicion de nuestros hermanos de América; en fin, se adoptaron otra porcion de medidas que suscitaron multitud de reclamaciones y dieron ocasion á repetidos y razonados escritos combatiéndolas. El pueblo español no estaba por semejantes reformas, y así duraron estas tan poco tiempo, si bien no se estinguieron del todo las malas semillas que el hombre enemigo habia sembrado en este pais, hasta entonces y entonces mismo tan unido en defensa de la independencia de su patria y tan apegado á las creencias y prácticas de la Religion santa. Por lo que hace á América, hasta escritores que elogiaban las medidas que entonces se tomaron con nuestras colonias, reconocen que sirvieron para engrairas y para que á ejemplo de los Estados-Unidos se animaran á declararse independientes y á sacudir el suave yugo de nuestra comun madre patria. El resultado lamentable es bien notorio; las colonias se emanciparon y sabido es lo que allí nos ha quedado de aquellas vastísimas regiones que fueron otras tantas provincias de nuestra España.

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 296-298.

ban el viaje. La respuesta fué que ejecutasen lo que se les habia ordenado. En consecuencia, aunque el Papa recibió la Estremauncion la mañana del dia 14, se le hizo proseguir el viaje la noche siguiente (1). Mas este Pontífice enfermo debia conservar, en medio de tantos ultrajes, una salud de hierro que resistiese á todas las barbáries. Caminando de dia y de noche llegó el 20 de junio por la mañana á Fontainebleau, sin que durante este tránsito hubiese salido del coche, pues cuando tenia que tomar algun alimento, se lo traian al carruaje, que quedaba encerrado bajo llave en las cocheras de las casas de posta de las poblaciones menos populosas. Cuando Pio VII llegó al palacio de Fontainebleau el conserje no pudo admitirlo, porque no habia recibido orden del ministerio de Paris y se le condujo á una casa inmediata. De allí á pocas horas llegó la orden de recibir al Santo Padre en el palacio, á donde vivieron de la capital algunos ministros del emperador á complimentarlo (2). El emperador y su ministerio (3) dieron por motivo de esta repentina traslacion del Papa el haber concebido temor de que algunos de los buques que cruzaban por el Mediterráneo intentasen súbitamente un desembarco en las costas de Savona para apoderarse de Pio VII y ponerle en libertad; pero el verdadero motivo fué el aproximarle á Paris para rodearlo de personas, que á fuerza de instancias y solicitudes lo comprometieran por último á consentir en todas las proposiciones del emperador.

Lo que no puede comprenderse es el modo precipitado con que se le obligó á hacer el viaje, en el que fué necesaria una asistencia particular del cielo para que no perdiera la vida. Esta muerte, por otra parte, no hubie-

(1) *Mem. del card. Pacca*, t. 2, p. 294.

(2) *Ibid.* t. 2, p. 79.

(3) *Hist. de la embajada al grau ducado de Varsovia en 1812.*



ra favorecido las miras del gobierno, antes por el contrario las habria desconcertado, pues él habia obtenido ya mucho de las enfermedades de Pio VII y estaba á punto de obtener aun mas. Pero algunas veces los subalternos piensan complacer ejecutando con mas rigor las órdenes que se les han dado. El cardenal Paeca (1) cree no deber atribuir estas resoluciones tan violentas mas que al deseo de abatir, por el debilitamiento de las fuerzas físicas, las facultades intelectuales del Papa, y reducir al extremo su heroica paciencia. En efecto, llegó á Fontainebleau en un estado de salud que inspiraba temores por su vida, y durante muchas semanas tuvo que permanecer muy enfermo en el lecho. Pero por lo menos tenia una cama, y aunque encarcelado en los salones del palacio, podia sin embargo respirar mas cómodamente que en aquel horrible carruaje, donde se le tenia encerrado aun no estando de marcha, y tambien habia podido volver á ponerse los vestidos de su dignidad.

Esta traslacion violenta y brutal del Papa desde Savona á Fontainebleau fué para Bonaparte la última falta, que como dice la Sagrada Escritura cansa al fin la longanimidad del Señor, y le hace descargar el azote suspendido hasta entonces (2). El Papa llegó preso y casi moribundo á Fontainebleau el dia 20 de junio, y sabido es que el 22 del mismo mes, Napoleon, embriagado con la maravillosa prosperidad de quince años consecutivos, hizo pasar el Niemen á sus tropas, é invadió el territorio ruso, dando de este modo principio á la guerra que le fué tan fatal, que le precipitó del trono y en pocos meses le hizo perder el fruto de tantas victorias. No fué por cierto el brazo de los hombres, sino el brazo omnipotente de Dios quien destruyó uno de los

(1) *Memor. del cardenal Paeca*, t. 2, p. 80.

(2) *Ibid.*, t. 1, p. 282-284.

ejércitos mas numerosos y mas aguerridos de que hace mencion la historia. Las almas piadosas, que ven siempre la obra de una mano superior é invisible en el curso de los sucesos de este mundo, reconocerán la accion de la Providencia en una circunstancia bien notable de la célebre y dolorosa expedicion de Rusia. Sin duda se tendrá presente que Bonaparte en una carta al virey de Italia, quejándose de Pio VII, preguntaba si el Papa creia que sus excomuniones dejarian caer las armas de las manos de los soldados franceses, y despues de haber sido ya fulminada contra él la bula de excomunion, repitió muchas veces al cardenal Caprara, que supuesto que no hacia caer de las manos de sus soldados las armas, se burlaba de ella. Pero Dios permitió que precisamente eso fuese lo que le sucediera. El conde de Segur, uno de los testigos oculares de aquella gran catástrofe, certifica: «que las armas de los soldados parecian ser de un peso insoportable para sus brazos entumidos. En sus frecuentes caidas se les escapaban de las manos y se rompian y perdian entre la nieve (1).» Salgues dice tambien: «que el soldado no podia tener sus armas, y que estas se escapaban de las manos de los mas valientes (2).» En otra parte repite: «que las armas se caian de los helados brazos que las llevaban (3).» Nuestros pensadores modernos dirán que la nieve y los hielos eran lo que hacia caer las armas de manos de los soldados. Mas de dónde venian la nieve y el hielo? La Santa Escritura nos lo dice (4).

A los cardenales que se habian quedado en Paris, y que, como ya hemos dicho, eran

(1) *Hist. de Napoleon y del grande ejército en 1812.*

(2) *Memor. para la Hist. de Francia bajo el gobierno de Napoleon*, t. 20, c. 5.

(3) *Ibid.*, c. 7, p. 161.

(4) *Nix, glacies, et spiritus procellarum faciunt verbum ejus.*

designados con el nombre de cardenales rojos, para distinguirlos de los cardenales negros, se les permitió pasar á Fontainebleau (1). Estos cardenales en sus conversaciones indujeron al Papa á abrir nuevas conferencias, esto es, á ceder en todo lo que pidiera el emperador. Representáronle el estado verdaderamente deplorable de la Iglesia universal, que á su modo de ver podia ser llamada *Acefala* (esto es, sin cabeza), supuesto que no era lícito á los fieles comunicar con su Gefe supremo, ni á este ejercer su ministerio apostólico (estos cardenales reconocian la nota oficial del conde de Chabrol). Describian el estado no menos infeliz de la Iglesia particular de Roma, privada casi enteramente de todo su clero, y por último el abandono en que yacian tantas iglesias de distintos pueblos, viudas de sus pastores. Decian que uno de los resultados de aquella deplorable situacion, en el caso de no tener un pronto término, serian la relajacion, y acaso la rotura de los lazos que unian aquellas iglesias al centro de unidad, un largo cisma, é indudablemente una verdadera anarquía en el catolicismo. Exageraban el gran poder de la secta filosófica, á la cual, decian que Napoleon, para no irritarla, debia guardar consideraciones y conceder alguna satisfaccion. Para conmover aun mas el corazon del Papa, le recordaron el destierro de los cardenales negros. Pintábanle las vejaciones y tormentos á que estaban espuestos los prelados y eclesiásticos del Estado de la Iglesia, arrancados de su patria, llevados de ciudad en ciudad y de calabazo en calabazo; males gravísimos que no podian tener mas término que en el caso de una reconciliacion entre el emperador y el Papa. Semejantes razonamientos debian necesariamente causar tanta mas

impresion, cuanto mas apoyados estaban en hechos positivos.

En Roma, podia decirse que Tiberio habia vuelto y estaba ejerciendo en los mismos lugares que antes su política suspicaz y cruel (1). Las prisiones estaban llenas y el castillo de Saint-Angelo no tenia apenas bastante localidad para las numerosas víctimas de la tiranía.

En Francia se renovaban la Inquisicion contra el clero, las sumarias, los arrestos y demas fatales procedimientos acostumbrados en los dias peores de la revolucion. Tres obispos habian sido encerrados en Vincennes durante la época del concilio, no dejándoles ninguna comunicacion entre sí, ni con las personas de afuera. Por último, á los cuatro meses se les obligó á dar su dimision, exigiéndoles además la promesa de no volverse á ocupar en nada perteneciente á la administracion de sus diócesis. Despues de firmado este compromiso, se les hizo partir súbitamente, al obispo de Tournay para Gien, al de Gante para Beaune, y al de Troyes para Falaise, debiendo los tres quedar en estos puntos bajo la vigilancia de la policía. Al mismo tiempo, el 23 de noviembre de 1812, el ministro de cultos escribió á sus respectivos cabildos anunciándoles que su obispo habia dado su dimision; que la Sede estaba vacante; que por lo tanto los vicarios generales no tenian ya poderes y que el cabildo debia volver á tomar la jurisdiccion y nombrar otros vicarios. Esta carta causó tanta sorpresa como turbulencias en las tres diócesis. La dimision arrancada á los obispos y firmada en el torreón de un castillo no tenia al parecer gran fuerza, y en todo caso debia ser aceptada por la autoridad competente antes de producir ningun efecto. Por lo tanto la Sede no estaba vacante,

(1) Artaud, *Historia del Papa Pio VII*, t. 2, p. 298-299.

(1) *Memorias para la Historia Eclesiástica del siglo XVIII*, t. 3, p. 588-591.

los vicarios del obispo gozaban de jurisdicción, y el cabildo no podía hacerse cargo de ella. Sin embargo, el gobierno llegó á dictar nuevos nombramientos. En Troyes eligieron para vicarios generales á dos canónigos que antes lo eran del obispo y por consiguiente tenían jurisdicción, de modo que esta elección tranquilizó las conciencias y continuaron gobernando en nombre del obispo ausente. En Tournay sucedió poco más ó menos lo mismo. El cabildo de Gante escribió el 27 al ministro de cultos, haciendo representaciones que no fueron atendidas. El gobierno dió orden al prefecto de aquella ciudad, que entonces se hallaba en París, para que á toda prisa se trasladara á ella y obligara al cabildo á obedecer. Muchos canónigos se habían ocultado ya: reuniéronse seis, que eligieron en 5 de diciembre tres vicarios generales, de los cuales uno lo era ya del obispo, y á lo que parece prometió no administrar sino como vicario general del prelado. Así es que el clero de Gante no se dirigía más que á este y le consideraba como único legítimo de los tres nombrados por el cabildo: por otra parte uno de los nombrados se ocultó también y no aceptó el nombramiento.

A los cinco meses de haber llegado Pio VII á Fontainebleau, Napoleon regresó de su desastrosa campaña de Rusia, y habiéndose por de pronto ocupado en reponer su ejército con nuevos reclutamientos, y en escitar la nación mas guerrera á nuevos sacrificios, pensó luego que una reconciliación verdadera, ó por lo menos aparente, entre él y el Papa, podría serle útil (1). Sabia muy bien que el número de verdaderos católicos es en Francia mas considerable que lo que generalmente se cree, y que

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 300-302.

las persecuciones dictadas, como se decía, por la ambición y por el orgullo, los enagenaban y les eran odiosas. En Alemania, los príncipes y ministros que sufrían con despecho su dependencia de las menores indicaciones del emperador, aunque ellos mismos habían algunas veces hollado los derechos de la Santa Sede, principiaban sin embargo á apoyar las reclamaciones de los pueblos contra los tormentos con que se abrumaba al Papa en su prisión, para animar de este modo é irritar á sus súbditos contra el gobierno imperial y contra la nación francesa. El emperador sobre todo sabia que los polacos le hacían graves cargos sobre el particular, y que las injurias de que el Papa se habia quejado entibiaban en gran manera el celo de aquellos. Amonestado por tan poderosas razones, se apresuró á renovar sus ensayos de reconciliación con el cautivo de Fontainebleau para obtener su aprobación definitiva, y sin restricción, de las proposiciones que los obispos le habían hecho en Savona. Tomando por pretexto la entrada de año de 1813, envió á Fontainebleau un chambelán con el encargo de complimentar al Santo Padre según se estilaba en las cortes. Este acto de cortesía obligó al Papa á enviar también á París una persona de su comitiva para felicitar al emperador, y la elección recayó en el cardenal José Doria, porque no era desagradable al emperador. En los pocos dias que con este motivo residió en París el cardenal, quedó establecido de común acuerdo que volverían á abrirse las negociaciones. El emperador encargó sus intereses á Duvoisin, obispo de Nantes, mientras que el Papa con dificultad podía hallar entre los que le asistían un *chambelán* igual en habilidad y destreza.

Duvoisin siguió de cerca al cardenal Doria á Fontainebleau, y presentó de parte del emperador una serie de proposiciones concebidas en estos términos: «1.º El Papa y los futuros Pontífices, antes de ser elevados al pontificado, deberán prometer no mandar ni ejecutar

nada contrario á las cuatro proposiciones galicanas. 2.º El Papa y sus sucesores no tendrán en adelante mas derecho que para nombrar la tercera parte de los individuos del Sacro Colegio. Las otras dos terceras partes serán nombradas por los príncipes católicos. 3.º El Papa por medio de un breve desaprobará y condenará la conducta de los cardenales que no quisieron asistir á la ceremonia religiosa del matrimonio de Napoleon con la emperatriz Maria Luisa. En este caso el emperador les perdonará y podrán reunirse al Santo Padre, con tal que acepten y firmen el breve pontificio. Pero quedan excluidos de este perdón los cardenales de Pietro y Pacca, á quienes nunca se les permitirá reunirse con el Papa.»

Al leer estas proposiciones presentadas por Duvoisin á Pio VII, no puede uno menos de compadecerse de este desgraciado Pontífice, con quien así se jugaba y á quien se vendía tan vilmente (1). Siéntese al mismo tiempo una verdadera indignación contra la audacia del representante imperial, que se constituía órgano de semejantes proposiciones, y contra la pusilanimidad de los que en aquellas circunstancias asistían con sus consejos á Pio VII y no le animaban á que rompiera en el acto toda negociación con un soberano que, al hacer tales peticiones, no podía proponerse mas objeto que reducir la Sede Apostólica al yugo de una vergonzosa esclavitud, destruir toda gerarquía, y empañar todo el brillo de aquella gloria y reputación que Pio VII se habia justamente adquirido con tantos sufrimientos y sacrificios personales. ¿Y cómo no penetrar desde luego las pérfidas intenciones de Napoleon, y no prever las funestas consecuencias que debía traer en

(1) *Memorias del card. Pacca*, t. 2, p. 310-312.

pos de sí la concesión de proposiciones tan absurdas? Se pedía que el Papa y sus sucesores prometiesen no mandar, ni ejecutar nada contrario á las cuatro proposiciones del clero de Francia, proposiciones tan altamente reprobadas por el venerable siervo de Dios Inocencio XI y por todos sus sucesores. ¿Por qué se hacia semejante petición? Para poner en contradicción al Papa con el Papa, la Santa Sede con la Santa Sede, y burlarse de los anatemas de Roma. Pedíase que solamente la tercera parte de los cardenales fuesen nombrados por el Papa, y las otras dos restantes por los príncipes católicos, á fin de que Napoleon pudiera arrogarse casi exclusivamente este derecho, y de este modo hacerse regulador y árbitro de la elección de los futuros Pontífices. Para comprender bien esto conviene recordar que el emperador habia hecho preguntar á fines de 1809 á la comisión eclesiástica, si despues que los Países-Bajos, el Piamonte, la Toscana, etc., se hallaban incorporados al imperio francés, se podían considerar como reunidos á su persona los derechos que en otro tiempo tenían los duques de Brabante, los reyes de Cerdeña, y los grandes duques de Toscana, relativamente al nombramiento de cardenales y á todas sus demas prerogativas. Los cardenales y prelados respondieron que el emperador podía reclamar justamente el derecho de nombrar los cardenales, como derecho perteneciente á los soberanos de todos esos Estados que él habia conquistado y reunido á sus dominios. Ahora bien, si el Papa aceptaba y firmaba esta segunda petición, debía resultar que casi todos los nombramientos de cardenales dependerían de Napoleon, como soberano de Francia, del Piamonte, del Estado veneciano, y como rey, sino de nombre, por lo menos en realidad, de España y de Nápoles. Pedíase que el Papa por medio de un decreto reprobase y condenase la conducta de los cardenales que no habían